

dignidades de la Iglesia y del Estado? ¿En qué pararon aquellos llamados dichosos, felices y afortunados en el mundo, si se condenaron? ¿Y en qué pararon todos aquellos que no mueren en el Señor? ¿Cuántos de los que leerán estas reflexiones merecerán esta tristesima suerte por no haberse aplicado á merecer la contraria? Para morir en el Señor, es preciso vivir y perseverar en la gracia del Señor.

El evangelio es del cap. 6 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus turbis Judæorum: Ego sum panis vivus, qui de celo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo Judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo, dijo Jesus á la muchedumbre de los Judíos: Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los Judíos, y decían: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.

MEDITACION.

DE LA NECESIDAD DE PREPARARSE PARA LA MUERTE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la necesidad de prepararse para una santa muerte, es indispensable. No hay en el mundo

negocio tan importante como la muerte, no le hay mas dificultoso que una buena muerte, y mas en quien no se dispone para ella durante la vida. ¿Y hay tampoco negocio mas irreparable que el de una muerte infeliz? Con todo eso para ninguna cosa se preparan menos los hombres que para lograrla dichosa.

Si se muriera dos veces, seria menos imprudencia arriesgarse á morir mal una vez; podria repararse esta falta, haciendo penitencia á un mismo tiempo de una mala vida, y de una mala muerte. Pero no se muere mas que una vez sola, y la eternidad feliz ó desgraciada depende absolutamente de esta muerte.

Cuanto mas hemos trabajado para el cielo, quanto mas santamente hemos vivido, mas interés tenemos en acabar la vida santamente, por no perder el fruto de tantos trabajos. Es verdad que una santa muerte es ordinariamente fruto de una santa vida; pero no es menos verdad que una muerte en pecado aniquila todos los merecimientos de la vida mas santa, y que todos los méritos de la mas santa vida no pueden asegurarnos una santa muerte. Y sin embargo, ¿se piensa mucho en esta muerte? Al ver nuestro descuido sobre un punto tan importante, pudiera parecer que no hay cosa mas fácil, ni tampoco mas comun que morir bien.

Si para morir bien bastara recibir los postreros sacramentos, besar con ternura un crucifijo, y derramar tal vez algunas lágrimas, acaso seria menos intolérable nuestra imprudencia. No siempre es muy dificultoso encontrar un confesor zeloso y hábil que nos asista en aquel último peligro; pero ¿cuántos hay que murieron con todos estos auxilios, y se condenaron! Morir cubierto de ceniza y de cilicio, morir rodeado de sacerdotes y de santos religiosos, es morir con edificacion; pero esto precisamente tampoco es morir

bien. Morir bien, es morir despues de haber borrado con la penitencia todas las manchas, todas las culpas de la vida; es morir en estado de gracia; es morir lleno de una fe viva, de una esperanza firme, de una caridad ardiente; es morir con un grande horror á todo lo que el mundo ama, con un amor de Dios sobre todo lo criado. ¿Y todo esto será muy fácil á quien amó tan poco á Dios durante la vida? ¿á quien se le pasó toda la vida casi sin pensar jamás en morir bien?

¿Cosa extraña! Si uno tiene que representar un triste papel en un teatro, ó que predicar un sermón en un púlpito, ó que hacer ostentacion de su habilidad y de su literatura en una cátedra, se previene por semanas, por meses, y tal vez por años enteros para salir con lucimiento, siendo asi que todo eso es de bien poca importancia. Pero ¿qué tiempo, gran Dios, se emplea en disponerse para morir bien, cuando este gran negocio pide no menos que todo el tiempo de la vida!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nunca puede ser demasiada la preparacion para una cosa que se hace una sola vez, cuando de hacerla bien esta sola vez pende nuestra felicidad eterna.

Si fuera cosa tan fácil lograr una buena muerte despues de haberse preparado tan poco para morir bien, muy necios hubieran sido los santos en disponerse á tanta costa, y en haber empleado en esta preparacion toda la vida. ¿A qué fin tanto ayunar, tanta oracion, y derramar tantas lágrimas? ¿A qué fin retirarse de toda comunicacion con el mundo para lograr una santa muerte, si pudieron morir santamente sin todas esas precauciones y sin ningun preparativo?

Aquel bizarro jóven, que en lo mejor de su vida

renuncia cuanto puede halagar á los sentidos y va á sepultarse vivo en un claustro, ¿qué fin lleva en una accion tan heróica, sino disponerse para morir bien? ¿Nos atreveriamos á no alabar, á no admirar su prudente, su acertada resolucion? ¿Y qué! mientras nuestros hermanos, nuestras hermanas, nuestro, amigos pasan su vida en el retiro y entre los rigores de la penitencia, para disponerse á una santa muerte y alcanzar la gracia de la perseverancia final; nosotros, metidos entre el tumulto del mundo, entregados á todos sus gustos y diversiones; nosotros en un olvido eterno de esta muerte, en una crasa ignorancia de todo lo que es disponernos para ella, ¿esperamos tranquilamente una muerte cristiana? ¿creemos estar preparados para morir, y para morir bien?

¿Hay cosa á que mas nos hubiese exhortado el Hijo de Dios, como quien preveia tan bien nuestra negligencia, que á esta preparacion?

Velad, porque no sabeis á qué hora ha de venir el Señor (1). Estad siempre aparejados, porque en la hora que menos lo penseis, vendrá el Hijo del hombre (2). Lo que digo á vosotros, con todos habla; y asi estad alerta: Quod autem vobis dico, omnibus dico: Vigilate (3). Es menester estar prontos á cualquiera hora que el Señor llame á la puerta.

Ninguno hay que no convenga en que es necesaria alguna preparacion para morir bien: de aquí nace el miedo que se tiene á toda muerte repentina. Pero ¿qué efecto produce este temor? ¿á qué preparacion nos ha movido hasta el presente? Con todo eso puedo morir dentro de pocas horas. Tan poca seguridad tengo de vivir mañana, como de vivir de aquí á diez años. Si fuera hoy el postrero dia de mi vida, ¿estaria bien dispuesto para morir hoy? ¿no tendria algo que temer? Estremézcome con solo este pensamiento.

(1) Matth. 25. — (2) Luc. 12. — (3) Marc. 13.

Pero ¿quién me ha asegurado la vida ni aun de aquí á un cuarto de hora? Y si no comienzo á disponerme desde luego, ¿qué dolor! ¿qué desesperacion cuando llegue la postrera!

No lo permitais, Señor; y pues me concedeis á lo menos esta hora, desde esta misma comienzo, Dios mio, á disponerme para morir bien, y á pedir os esta gracia los dias que me otorgueis de mi vida.

JACULATORIAS.

Paucitatem dierum meorum nuntia mihi. Salm. 101.

Comprenda yo, Señor, tan vivamente el corto número de los dias de mi vida, que desde luego comience á disponerme para la muerte.

Timenti Dominum benè erit in extremis. Eccl. 4.

Solamente los que temen á Dios en vida, deben prudentemente esperar una buena muerte.

PROPOSITOS.

1. No es de extrañar que tantos mueran mal, siendo tan pocos los que se disponen para morir bien. La buena muerte es ciencia práctica que solo se aprende mientras se vive; mas para adelantar en esta facultad es menester estudiar mucho, porque el estudio precipitado regularmente solo sirve para hacer mas visible nuestra ignorancia y nuestro atraso. La mejor disposicion para una buena muerte es una santa vida; y la vida debe ser una continua preparacion para la muerte. Cada dia debe servirnos de nueva leccion y de nuevo ejercicio, siendo razon que todas las noches nos tomemos cuenta de nuestro adelantamiento. Es una piadosa costumbre de grande importancia hacer todas las cosas como si todas ellas fuesen disposiciones para la muerte. Misas, oraciones, limosnas, obligaciones del estado de cada uno, hasta

las mismas diversiones, todo nos puede servir para lograr una buena muerte, si todo se hace con el espíritu y con la santa intencion de morir bien. Mucho nos importa saber bien el arte de bien morir: el que ignora este, aunque sea muy sabio en todos los demás, haga cuenta que nada sabe.

2. Fuera de esta preparacion general, hay otras particulares que nunca se deben omitir. Elige todos los años un dia que debes dedicar enteramente á este gran negocio. Al despertar, considérate en la presencia del soberano Juez, que te pide cuentas de tu administracion: *Redde rationem villicationis tue*; y examina por lo menos en media hora de meditacion si tienes bien prevenidas las cuentas. No salgas del cuarto sin haber ajustado lo que tuvieres que ajustar. Nada omitas, nada te perdones, nada te disimules; porque tienes que tratar con un juez infinitamente perspicaz, á quien nada se le esconde, aunque quiere por ahora remitirse á tí sobre todos los artículos. Anticipate á la severidad de su juicio por una confesion general sincera y dolorosa. Ajustados los negocios de tu conciencia, arregla los de tu casa y familia. Grande imprudencia es aguardar á la última enfermedad para hacer testamento. *Fac testamentum tuum*, dice san Agustin, *dum sanus es, dum sapiens, dum tuus es*: Haz testamento mientras estás sano, mientras estás en tu juicio, y mientras tienes libertad. Comulga como si fuera la última comunión de tu vida. Y si pudiese ser, sé tú mismo testamentario de tí propio y ejecutor de tus legados. Por la tarde ve á hacer oracion sobre la sepultura donde te han de enterrar, ó á lo menos en la iglesia donde ha de estar expuesto tu cadáver, y te han de hacer los oficios de cuerpo presente. Todo lo que leas en este dia sea acerca de la muerte, sin ocuparte en todo él en otro negocio que en el de tu salvacion. Pero no te contentes con un

dia cada año; el retiro de un día cada mes es excelente preparacion para la muerte. Añado mas : cada semana debe tener la suya, y aun cada día es razon tengas alguna devocion, que sirva determinadamente para disponerte á morir bien. Busca algun libro que te enseñe á prevenirte para una buena muerte. Al fin del segundo tomo del *Retiro espiritual* hallarás admirables ejercicios para esto.

DIA NUEVE.

SANTA VAUTRUDIS,

VULGARMENTE LLAMADA SANTA VAUDRU, VIUDA.

Santa Vautrudis, hermana de santa Aldegundis, fué hija del conde Valberto y de la princesa Bertila, y sobrina de Guadelano, maire ó mayordomo del palacio. Nació por los años de 626 en aquella parte de la Austrasia inferior, que despues se llamó Hainaut.

Correspondió su educacion á su noble nacimiento, y á la eminente piedad de sus padres; y advirtiendo en la niña su santa madre Bertila aquellas admirables disposiciones para la virtud que abrevian tanto el camino, no perdonó á diligencia alguna para cultivar un corazon y una alma que el Señor habia prevenido desde la cuna con dulces bendiciones de su gracia. Oyendo Vautrudis con dócil atencion las lecciones de su virtuosísima madre, estudiaba aun con mayor cuidado sus ejemplos, y los imitaba. Todo respiraba cristiandad en la devota niña, sus modales, su compostura, su modestia, y hasta sus mismas diversiones. No conocia las galas, ni la profanidad, sino para despreciarlas, y así ignoraba absolutamente las modas.

Siendo inseparable compañera de su madre, no se contentaba solo con ser testigo de sus buenas obras, sino que tambien participaba gustosa de sus penas.

La singular hermosura de que estaba dotada, brillaba mas al lado de su virtud, y así fué pretendida de los primeros señores de la provincia. Entre todos escogieron sus padres al conde Madelgario, uno de los mas principales en la corte del rey Dagoberto. Casóse con él, y acreditó la experiencia que Dios presidió en este matrimonio, porque se han visto pocos en el mundo mas iguales en todo, y consiguientemente mas felices.

Era hija de dos santos, hermana de otro, esposa de otro, y tuvo cuatro hijos, Landry, Aldetrudis, Madelberta y Dentlin, que todos murieron en olor de santidad, como casi todos los demás de aquella dichosísima familia.

Creciendo cada día en perfeccion nuestra santa, no tardó en dar á gustar á su marido la dulzura de la virtud, de la cual le hicieron concebir tan alta estimacion sus ejemplos. Como su devocion no era nada sombría ni extremada, sino dulce, humilde y sólida, hacia admirable impresion en los corazones. Hizola tan grande en el de Madelgario, que disgustado del mundo, se dedicó únicamente al cuidado de su salvacion, y á adquirir las virtudes propias de su estado. Habiendo hecho voto de perpetua continencia por consejo de su santa mujer, con el consentimiento de esta, y con parecer de san Auberto, obispo de Cambray, se retiró al monasterio de Haumont á las orillas del rio Sambra; y en él tomó el hábito de monje con el nombre de Vicente, y llegó á tan heroica santidad, que la Iglesia celebra con culto público su memoria el día 20 de setiembre.

Tres años se mantuvo en el siglo nuestra Vautrudis despues que se retiró de él su marido, ocupada toda